Reseñas

Francisco de Quevedo, *Bilis negra,* ed. A. Martínez Sarrión. Grabados J. Zachrisson, Madrid, Gredos-Comunidad de Madrid (Consejería de Educación), 2002, 138 pp.

Este volumen, inútil, es una antología de fragmentos quevedianos precedida de un prólogo de media docena de páginas, escrito con ciertos vuelos literarios, pero a la postre taraceado con una serie de tópicos y generalidades que nada añaden al conocimiento de Quevedo, pero sí pueden influir en su desconocimiento.

Las bases teóricas y críticas que fundamentan este breve ensayo introductorio incluyen conceptos como el empecinamiento nacionalista y tridentino de Quevedo, que «resultaron infranqueables», por lo cual Quevedo se muestra una y otra vez insensible al aire europeo más renovador y abierto al futuro; el de la enrarecida educación cortesana del poeta que lo impulsa por vías «inanes, anacrónicas y en las antípodas de las que inauguraron la modernidad europea»; el de su «religiosidad tan cerrada como polvorienta», etc. El prologuista se permite un juicio bastante negativo de la condición intelectual y moral de Quevedo, personaje anacrónico (¿en qué época viviría don Francisco si no vivía en la suya?) y antieuropeo, aunque en otro lugar lo considera pionero del nihilismo que desde el XIX penetra la cultura de occidente (¿pero no era anacrónico y arcaico? ¿ahora es pionero?). En busca de una explicación para estas raras deficiencias de Quevedo, y en contra de los argumentos de Cejador (¡nótese la bibliografía que se maneja: una edición de Cejador de 1916!: y ¡este prologuista acusa a Quevedo de anacrónico y arcaico! ¡Vive Dios...!), recurre a un supuesto fondo de timidez y apocamiento provocado por las taras físicas, porque, como se sabe era «patizambo y cegato». E così via...

Yo no sé qué extraña afición tienen los ensayistas y biógrafos modernos a psicoanalizar a los poetas antiguos y a pensar que ciertos defectos corporales (que se nombran de modo despectivo por parte de estos críticos: *patizambo y cegato*...) tendrían entonces la misma importancia que en nuestra época de cirugía estética, anorexia, propaganda de yogures desnatados y pócimas varias para conservar el modelo corporal que casi ninguno de los cotidianos mortales tenemos, pero en fin... permítasenos dudar de que Quevedo sufriera semejantes «hipotecas psíquicas irremontables». Ruiz de Alarcón debería entonces haberse suicidado y Góngora huir de la sociedad para que no le vieran la calva, aunque Rojas Zorrilla la tenía más amplia; Cervantes debía de ser raro, porque exhibía (¿masoquismo morboso?) su mano inerte y lepantina...

Por lo demás, habría que empezar a conocer el concilio de Trento –que probablemente habría de verse como un concilio de *aggiornamento* católico sobre todo, pero ¡vaya usted a leer sus

cánones!–, en vez de usarlo como etiqueta para todo; y definir qué es eso de la modernidad, y no meter en un ensayo quevediano izquierdas y derechas, etc.

En suma, el prólogo no sirve para nada. Que a Quevedo le faltara el ingrediente compasivo, si es que eso es cierto, ¿qué nos importa a los lectores? siempre que tuviera otras cualidades pertinentes a un escritor (a ver qué podríamos decir de Patricia Highsmith o Jim Thompson, que no dejan de ser escritores enormes y no conocen la compasión), y en cuanto a compararlo con Valle Inclán para decir que este es más compasivo que Quevedo, tanto «por la izquierda» (cuando es compasivo con el indio Zacarías) como «por la derecha» (por Bradomín), pasa ya a ser cosa de risa, pero risa como la de las cosquillas (Quevedo *dixit*) que hacen reír con enfado… ¿Por qué? ¿No tiene derecho cada cual a decir lo que a él le parece sobre Quevedo? Claro que sí, pero también el lector tiene derecho al enfado cuando ve de qué modo los más rancios y falsos tópicos se resisten a desaparecer, y cómo los enfoques más adocenados hallan páginas muy bien impresas y en papel de buena calidad, con grabados interesantes, para difundir la ignorancia sobre escritores como don Francisco, que hubiera sido seguramente un intratable compañero de pensión, pero que se merece cierto respeto. Y no solamente porque le gustara a Borges…

La bibliografía manejada está a la altura de la citada de Cejador. Es obvio que el editor no es quevedista: pues se quita la bibliografía en paz, porque más que bibliografía es un insulto al quevedismo contemporáneo.

Si pasamos a la antología en sí, baste decir los textos proceden de la edición de Aguilar: suficiente dato para certificar que es más inútil todavía que el prólogo. Se colocan los fragmentos seleccionados según el orden alfabético de los epígrafes redactados por el editor: algunos de los epígrafes son verdaderamente curiosos. Valgan unos pocos ejemplos.

Un epígrafe es «Ajena», que no se sabe de qué podrá ir: va de una procesión de locos, «gente en todo ajena a este día», pero como se ha cortado el fragmento en el que se explica que ese tal día es el día del Juicio, pues no se puede enterar el lector de nada; otro reza «Artificiales» y si hubiera dicho «Figuras artificiales» entendiérase mejor; el de «Birlibirloque» es misteriosísimo (trata de la mujer artificial); y el de «Mutante» muy intrigante (intriga que no pienso resolver); «NIHIIL» (*sic*) es otro…

Los textos se reproducen sin cuidado: se corta a menudo el texto que sería necesario para entender algo. En «Birlibirloque», por ejemplo, se satiriza a la mujer artificial que es falsa porque el pelo es postizo, la cara cosmético puro, etc. Y dice el narrador quevediano: «Muchas veces pensáis que gozáis las mujeres de

otros»... y ahí lo corta el antologizador que antologiza esta antología. Pues como no se añada el resto no hay modo de comprender nada; el resto es así: «Muchas veces pensáis que gozáis las mujeres de otros y no pasáis el adulterio de la cáscara».

Hay vocablos inventados por la errata o el descuido: a ver quién se averigua con los poetas «chargulas» (p. 41, epígrafe «Cultísimos») que todo lo hacen de nieve y yelo. Nadie, porque los poetas chargulas no existen: lo que debería haber impreso es *poetas Charquías*, que es alusión al industrial catalán Pablo Charquías, que tenía pozos de nieve en Madrid.

Las pocas notas que añade incurren también en errores: pagar algo con las setenas (p. 44) no es pagar la séptima parte (¡pues vaya amenaza que sería decirle a alguien que lo ha de pagar con las setenas, si solo le hacen pagar la séptima parte de lo que debe!) sino el séptuplo. El hablador que parece haber tomado una purga con hojas de Calepino no la ha tomado de un «diccionario latino» (p. 62), porque el Calepino no era un diccionario latino, sino un diccionario de varias lenguas (en distintas ediciones): el mismo texto quevediano lo dice bien claro, o lo diría bien claro si se hubiera impreso correctamente, porque debería mencionar un Calepino de «ocho lenguas» (no solo latín), aunque el sufrido lector lee «Calepino de ocho leguas».

No falta la sorna hacia la inadvertencia o desconocimiento de Quevedo: el misógino texto quevediano sobre lo repulsivo de la mujer en el que habla un personaje subrayando lo triste de la vida («nueve meses he de alimentarme del asco de los meses y la regla, que es la fregona de las mujeres, que vacía sus inmundicias, será mi despensera») no lo entiende el editor y añade esta joya de nota: «Sorprende la inadvertencia o desconocimiento del autor respecto a la interrupción de la regla con el embarazo». Lo que sorprende es la valentía de un anotador que se permite pensar que Quevedo no sabía que la menstruación cesaba en el embarazo. Quizá supone que la sin duda precaria educación sexual de los españoles del Siglo de Oro explica estas ignorancias tan llamativas... Pero, naturalmente, Quevedo sabe muy bien lo que dice, y si se deja aparte la connotación misógina de las imágenes que emplea, viene a decir exactamente lo que dice el *Diccionario de Autoridades* en su definición de menstruo «La sangre superflua que todos los meses evacuan las mujeres naturalmente, cuando la naturaleza no la gasta en nutrir y alimentar el feto». El texto de Quevedo es muy claro: el feto se alimenta de la sustancia que generalmente se vacía como se vacían las inmundicias, pero que durante el embarazo sirve de alimento al embrión, por lo cual bien se puede llamar a la regla despensera del feto.

No hace falta seguir más. Sin duda que esta edición no tiene pretensiones de crítica y no se debe juzgar desde esa perspectiva,

pero se hubiera agradecido una mínima competencia: no cuesta nada, o muy poco, informarse lo suficiente antes de hacer este tipo de labor.

Los cinco grabados de Julio Zachrisson tienen una expresividad muy notable en su evocación de monstruos y deformidades obscenas y biliosas.

El volumen se presenta muy bien encuadernado y con bonito diseño. Algo es algo.